

¿Es posible no volverse socioanalista? Reflexiones en torno a la formación de socioanalistas

*Marcelo Carrillo**

HOY ES IMPORTANTE hacer escuela y multiplicar a los socioanalistas. Si no lo hacemos quedaremos encerrados en la situación de secta y de monopolio de un saber hacer que ya se desarrollará más. En cuanto a la teorización, estaríamos condenados a la misma cantinela [Remi Hess, 1978].

La movilización de los estudiantes en torno a la formación que reciben va a entrañar la movilización de los docentes del modulo... Algunos de ellos representan la segunda generación del Análisis Institucional. Formar una tercera generación es asegurar la continuación de la teoría institucional y la reproducción de esta corriente intelectual [Elisabeth Marx, 1988].

¿Cuáles son actualmente las modalidades de formación de socioanalistas? ¿Se trata de una cuestión que depende de la vocación, de la elección de un oficio para algunos estudiantes interesados en el método de intervención socioanalítico? O bien, ¿estas modalidades dependen en gran parte de los conflictos internos de los institucionalistas que trabajan en la Universidad de París VIII, respecto a la problemática de la enseñanza del análisis institucional?

Podríamos adoptar del campo psicoanalítico las nociones de intensión y extensión, para aprehender el contenido de los clivajes que sobre la formación han atravesado al núcleo institucionalista de París VIII. Pero sobre todo para percibir los efectos que estos conflictos han tenido sobre la formación (o la no formación) de aquellos que han residido cerca de los institucionalistas para “aprender” análisis institucional (AI) y socioanálisis (!!).

* Doctor en Análisis Institucional. Universidad de París VIII.

Mi hipótesis es que la negativa a institucionalizar la formación de socioanalistas en el seno de la enseñanza universitaria del AI ha tenido como efecto la constitución de una élite de socioanalistas, que como lo dice Hess (1981) en el epígrafe, monopolizan el saber-hacer socioanalítico y contribuyen a mantener el mito de una práctica que permanece invisible para la mayoría de los estudiantes que siguen los cursos y seminarios de los institucionalistas. Esta situación me parece contradecir el proyecto, caro al AI, de democratizar y socializar el saber producido en la práctica social.

La demanda de formación clínica en intervención institucional: un analizador de la enseñanza de los institucionalistas de París VIII

Al comienzo de su contribución intitulada "Nacimiento de una escuela de intervención sociológica en la universidad", en el libro *Perspectivas del análisis institucional*, Elisabeth Marx (1988) escribe: "Se puede fechar el principio de la enseñanza universitaria del análisis institucional en 1967. A partir de 1973, la Universidad de París VIII se convierte en el polo principal de esta enseñanza y luego conoce en doce años numerosas vicisitudes".

He aquí la huella de una de estas vicisitudes. Se trata: *a*) de la conclusión del documento que presenté en 1983, en vista de obtener el DEA (diplome d'études approfondies) en Ciencias de la Educación, opción análisis institucional, y *b*) del comentario al mismo que R. Lourau escribió a petición mía en forma de señalamientos puntuales a mi "conclusión".

1. Los criterios de aceptación o rechazo del tema de investigación, al comienzo del seminario, se fundamentan en una referencia universal/abstracta a la teoría del análisis institucional y a su forma de intervención, el socioanálisis.

COMENTARIO DE RENÉ LOURAU:

- Criterios de aceptación del tema: sí, si ello significa el cuerpo de trabajos publicados sobre el AI.
- "Y a su forma de intervención, el socioanálisis": no. No hay una forma de intervención de una teoría. El AI es una forma de análisis en situación o bien que busca reconstituir la riqueza de las situa-

ciones utilizando el requisito metodológico de la base material. La intervención socioanalítica, vuelco de la intervención psicosociológica, no es más que un momento del análisis institucional.

2. Esta referencia dejará de ser universal/abstracta, en la medida en que incluya la posibilidad para los estudiantes-investigadores de tener acceso a las eventuales intervenciones socioanalíticas a que dan lugar las demandas de intervención hechas a los institucionalistas a través de los grupos ya constituidos a tal efecto (Centro de Investigaciones Institucionales, CRI, Grupo de Análisis Institucional de París, GAIP).

COMENTARIO DE RENÉ LOURAU:

La proyección de Marcelo se explica por el deseo de profesionalización.

3. En diciembre de 1981, Alain de Schietere escribía a propósito del análisis o no análisis *in situ* del DEA: "Pienso que es importante subrayar, para la comprensión del análisis institucional, que la actividad de socioanalista, tomando en cuenta el dispositivo de consulta que le es propio [...] no es posible más que porque los socioanalistas tienen una inscripción social más o menos intocable en otra parte, que les permite vivir". Si la universidad permite a los socioanalistas vivir, que de esta manera pueden hacer socioanálisis, ella hace posible también la existencia del seminario de AI. ¿No es el seminario en tanto que parte de la universidad un lugar de legitimación del discurso universitario? Su inscripción en el marco de la Universidad, ¿no lo hace similar a todos los demás lugares que contribuyen a la producción/reproducción del saber instituido, a la lógica de la institucionalización? actualmente a través de un discurso más a la moda, más implicado? ¿No es una producción de mercancía, a su pesar? Gracias al seminario seguimos siendo "niños cantores y sacerdotes del discurso universitario o científico, respetuosos de esos nuevos objetos sagrados como implicación, institucionalización, intervención (i.i.i.)" (Lourau, 1982).

COMENTARIO DE RENÉ LOURAU:

Si el seminario es un lugar legitimado/legitimante de la universidad, la intervención socioanalítica es una actividad legitimada/legitimante en el ámbito psicosociológico.

4. Lourau dice que “la práctica de terreno no es quizás suficiente para llevar a buen término la desobjetivación, la desacralización del objeto universitario”. Quizás deja la posibilidad medio abierta.

COMENTARIO DE RENÉ LOURAU:

En efecto, el “terreno” no debe ser sacralizado puesto que es un lugar aparte (*ailleurs*), una exterioridad. Su valor reside en sus posibilidades de experimentación, de laboratorio social (por supresión real o imaginaria de ciertas implicaciones).

5. Tengo la impresión de que para acceder a una práctica de intervención, en este caso el socioanálisis, se pasa primero por el ritual de la tesis. Los socioanalistas se pliegan fácilmente a la selección operada no por ellos, si no por la universidad.

COMENTARIO DE RENÉ LOURAU:

No, el ritual de la tesis no califica a nadie para el socioanálisis. Ni para el Análisis Institucional. Más generalmente, el análisis de Marcelo plantea el problema de las relaciones entre el “centro” francés y la “periferia” latinoamericana [Rene Lourau, diciembre 16, 1983.].

Es importante señalar que mi texto retoma sin explicitar las expresiones contenidas en un texto de Lourau (que había circulado en 1982) que contiene una replica a la carta de dimisión del seminario de un estudiante de doctorado.

Tres años después de esta “conclusión” y de las observaciones de Lourau, algunos estudiantes del “Modulo de Análisis Institucional” (creado por Lapassade en tanto que director del segundo ciclo del Departamento de Ciencias de la Educación) formulan explícitamente, al comienzo de su formación, una crítica de la enseñanza que reciben, así como una demanda de formación en y por la intervención. A mí no me fue posible articular dicha demanda sino hasta el final de mi primera estancia de estudios en Francia; y a juzgar por los fragmentos antes citados, de manera un tanto torpe y confusa.

He aquí la manera en que Elisabeth Marx (entonces estudiante) transcribe la crítica/demanda de los estudiantes del segundo ciclo:

Sentimos una contradicción interna al Módulo de AI: nos presentan la teoría, la historia, las técnicas de intervención sociológica, pero esa enseñanza sigue siendo abstracta. Hacen cursos sobre "la investigación de campo" diciendo que la única manera de aprender la intervención, es practicándola. Nos la pasamos todo el tiempo en la universidad siguiendo cursos. Es contradictorio. Queremos ir a sus terrenos y practicar la intervención con ustedes.

Queremos acceder a otro terreno de acción distinto a la universidad, y descubrir todas las formas de intervención social, en los grupos, las organizaciones y las instituciones. Los docentes, como colectivo, deben pensar la integración de los estudiantes, como colectivo, en el terreno de la intervención.

Lo anterior muestra que la demanda que expresé no es sólo una "proyección" que se explica por un deseo de profesionalización; ella también está implicada en —y de alguna manera es inducida por— la "enseñanza" de los institucionalistas (las comillas aluden a la imposibilidad, tantas veces declarada, de enseñar el análisis institucional... sin practicarlo).

A diferencia de la demanda de los estudiantes del segundo ciclo antes mencionados, mi demanda de formación en intervención institucional y en particular en el método socioanalítico de intervención, tuvo su origen en México. En uno de los módulos del programa de estudios de la licenciatura en Psicología de la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, se nos había encomendado hacer el análisis institucional de un hospital psiquiátrico valiéndonos del método socioanalítico. Al mismo tiempo debíamos aprender a elaborar prácticamente una historia clínica a partir de entrevistas y de la aplicación de tests psicológicos a alguno de los pacientes recluidos dentro del establecimiento psiquiátrico.

Aparte de la contradicción que consistía en querer hacernos jugar un doble rol (de socioanalistas y de psicólogos clínicos), la bibliografía institucionalista que se nos proponía y la discusión en grupo de ésta, nos condujo al cuestionamiento de dicho encargo. En efecto, nos preguntábamos quién era el cliente: ¿la universidad que encomendaba a los estudiantes hacer un socioanálisis fuera de ella, o bien, el establecimiento psiquiátrico que autorizaba a los estudiantes de psicología a efectuar sus prácticas clínicas con los internos y que de ninguna manera había solicitado un análisis institucional?

Nos parecía que el grupo de docentes que había diseñado el módulo en el que se nos proponía hacer un socioanálisis, no había comprendido o desconocía profundamente el método de intervención socioanalítico. ¡Estábamos ante un malentendido enorme! Esta toma de conciencia del carácter contradictorio del encargo contenido en el módulo, por parte de algunos estudiantes inquietos, constituyó el principio de un “análisis interno” apuntalado en las nociones recientemente adquiridas del AI (encargo, demandas, etcétera); análisis que habría de prolongarse a lo largo de la licenciatura en psicología. Estábamos pues frente a una situación educativa paradójica configurada por órdenes contradictorias y que generaba una especie de doble vínculo, ya que aquello que habíamos aprendido tras la lectura de la bibliografía sugerida en el módulo nos conducía a la crítica de aquello que se nos proponía hacer en el mismo.

Así pues, llegué a Francia a fines de 1981, con un proyecto que contemplaba dos propósitos complementarios: por un lado aprender socioanálisis y, por otro, profundizar en el análisis interno de la universidad innovadora (la UAM-Xochimilco), donde cursé la licenciatura en psicología.

Me había imaginado el aprendizaje del socioanálisis de una manera similar a la de aquellos “miembros del ‘Setor’ en Brasil —que menciona Lapassade en *Los caballos del diablo*— (que) quieren aprender a practicar el análisis institucional en una situación de intervención, quieren volverse socioanalistas” (Lapassade, 1974).

Quizás había interiorizado demasiado las modalidades de formación psicoanalítica que se fundamenta en tres ejes indisociables: la enseñanza en torno a la lectura y discusión de textos freudianos en seminarios; el análisis didáctico del candidato; y la práctica del psicoanálisis bajo supervisión (o control). Ninguno de estos elementos tomado aisladamente es suficiente para la formación de psicoanalistas. ¿Existe algo parecido en cuanto a la formación de socioanalistas?

Quisiera señalar que mi demanda de formación en el ámbito de la práctica de intervención institucional no pudo encontrar satisfacción en el seno del seminario de doctorado en análisis institucional en la época en la que transité por ahí: la participación de los estudiantes del seminario en las intervenciones socioanalíticas de los docentes del mismo, no estaba prevista. La práctica del socioanálisis como método de intervención externa era entonces simple y llanamente invisible para los estudiantes del doctorado. Además de que por

entonces (comienzo de la era “socialista” de Mitterand) los pedidos de intervención se tornaron sumamente escasos.

No obstante lo anterior, en 1982 asistí a un intento de “socioanálisis interno” propuesto por Alain de Schietere y Dominique Jaillon, miembros del equipo docente del seminario. Mi escaso conocimiento del francés en esa época, impidió que comprendiera cabalmente aquello que tuvo lugar bajo la consigna del socioanálisis interno del seminario. Así pues, regresé a México en 1984 sin haber tenido esa experiencia iniciática que le permite a uno autorizarse más fácilmente en tanto que socioanalista... Cuál no sería mi asombro cuando tres años más tarde, a finales de 1987, durante mi segunda estancia en París, me entero, no sin cierta sensación de alivio, de que aquella crítica/demanda de inclusión de los estudiantes del seminario de AI en los socioanálisis conducidos por los maestros del mismo, se había generalizado entre los estudiantes del segundo ciclo.

La formación de un equipo de Intervención: analizador del funcionamiento del laboratorio de investigaciones en análisis institucional de la Universidad de París VIII

Después de regresar a Francia en 1987, con el propósito de sustentar la tesis de doctorado, efectué una tercera estancia en 1997-1998 en el marco de un año sabático. En mayo de 1998 tuve la suerte de participar, en tanto que miembro del laboratorio de AI en una intervención socioanalítica encomendada por una asociación de Análisis Institucional de Toulouse.

Una solicitud de intervención llegó al laboratorio de investigaciones en análisis institucional por medio de René Lourau. Después de una discusión sobre quién podría hacerse cargo de dicha demanda se decidió turnar la decisión al grupo de trabajo sobre intervención, uno de los subgrupos del laboratorio. Este grupo confía a Patrice Ville (socioanalista y profesor del seminario de doctorado en AI), sin duda por su amplia experiencia en el ejercicio del socioanálisis, el cuidado de la puesta en forma de la estrategia de intervención. Éste acepta el desafío. Toma decisiones e intenta justificar en una carta su toma de posición. Sus argumentos no parecen convencer a todo el mundo —yo incluido. La discusión termina cuando alguien hace el señalamiento de que no se valía

volver a revisar las decisiones de Patrice puesto que el grupo le había delegado la responsabilidad de conducir la intervención. Esta doble delegación del poder de decisión reveló en su momento la incapacidad colectiva de resolver con reglas claras y explícitas el problema del reparto equitativo de un bien simbólico tan apreciado en algunos medios como es la respuesta a un pedido de intervención de un grupo de AI.

En una carta de la asociación cliente dirigida “A la atención de René Lourau y el equipo del Laboratorio de Análisis Institucional de París VIII” [*sic.*] se puede leer: “Queremos que el interviniente no conozca personalmente a algún miembro del grupo y que tenga experiencia de grupos explosivos!”

En una “carta al grupo de intervención” del laboratorio, Patrice Ville replica: “Siempre hemos tenido por principio desafiar las prohibiciones del grupo cliente sobre la composición del staff, puesto que el Staff de intervención debe mostrar al cliente que los externos, habida cuenta del encargo, tienen un dominio total de algunos aspectos inherentes a su profesionalismo tales como la composición del staff”.

Me parece que ese principio de “desafiar las prohibiciones del grupo cliente” enunciado por Ville, no funcionó durante aquella reunión del laboratorio que cuenta entre sus miembros con al menos cuatro socioanalistas experimentados entre los que se encuentra uno de los inventores del método socioanalítico. Salvo una broma en torno al encargo de Toulouse (“deseamos que el interviniente no sea ni hombre ni mujer”) en ningún momento durante la discusión en el laboratorio, se puso en cuestión la condición explicitada por el grupo cliente en relación al interviniente (que no conociera a ningún miembro del grupo). Por el contrario socioanalistas como Danielle Guillier o René Lourau, que conocían bien a uno o varios miembros del grupo se demarcaron rápidamente de la eventualidad de participar en la intervención: la condición que puso el grupo cliente se la tomó como algo evidente que se daba por descontado, y sobre lo cual aparentemente había consenso.

Es verdad que Ville no estuvo en la reunión del laboratorio en donde se dio lectura a la carta de la asociación solicitante. Sin embargo, la ausencia de Ville permitió constatar a posteriori, la contradicción entre su posición y la del equipo del laboratorio frente a los deseos del grupo cliente; ello muestra que entre los socioanalistas más experimentados no existe más

que un consenso imaginario respecto a los "principios y métodos" del socioanálisis institucional.

Otro punto muy debatido en el grupo de trabajo sobre intervención, del laboratorio, fue el número de miembros del equipo interviniente en vista del número de miembros del grupo cliente. Aquí también va a aparecer una contradicción: había acuerdo respecto a que el staff interviniente estuviera compuesto nada más por dos personas de las cuales una debía poseer una amplia experiencia en intervención institucional. Esto planteaba el problema de la elección del co-interviniente entre varios candidatos deseosos de ocupar esa vacante. Habiendo el grupo delegado en Ville, experto en socioanálisis, el diseño de la estrategia a seguir, éste optó por Debora Sada, justificando su elección en virtud de la experiencia de ésta en intervención. Esta elección pone en evidencia una situación paradójica: si hay que optar por un profesional, entonces les resulta imposible a los candidatos intervinientes, iniciarse en el socioanálisis.

Desde mi punto de vista la proposición de Ville no tomaba suficientemente en cuenta el hecho de que la demanda estaba dirigida a un laboratorio de investigación, en el que participan estudiantes-investigadores en formación y no a un socioanalista particular o a una asociación de socioanalistas privada. Nos encontramos de nuevo en el callejón sin salida de la formación posible (o imposible) de socioanalistas.

Desde la posición de miembro del "equipo-video" que ocupé durante la intervención, pude percatarme que compartíamos con el grupo cliente problemáticas parecidas concernientes sobre todo a la formación en socioanálisis e intervención, a la inclusión de uno o varios observadores en el staff analítico, a la habilitación para ejercer el socioanálisis, etcétera. No obstante una especie de acuerdo tácito nos obligaba a esconder u ocultar nuestros problemas ante el grupo cliente y así mantener la imagen de "profesionalismo".

Me asombró escuchar al presidente de la asociación de Toulouse decir que él no era socioanalista, y que se servía de la teoría del AI para analizar y transformar su práctica docente. El único socioanalista declarado de la asociación era Alfredo Martin, el cual era también el único en haber sustentado una tesis de doctorado en análisis institucional en la Universidad de París VIII. Es como si el título de socioanalista le fuera atribuido por su tránsito en la formación doctoral en análisis institucional de la Universidad.

Él era finalmente el “sujeto supuesto saber” de parte del grupo cliente así como Patrice Ville y Debora Sada eran los sujetos supuestos saber del staff interviniente.

El temor a ver el análisis institucional reducido a una técnica de intervención microsocial entre otras, no debería impedir poner en cuestión este impasse en la socialización del saber-hacer socioanalítico, incluso si los socioanalistas no hacen de la intervención su principal fuente de ingresos.

Si bien la problemática de la formación en general ocupa un lugar capital en la literatura institucionalista, en contraste la cuestión de la formación de socioanalistas se encuentra un tanto soslayada, sobre todo si se compara con todo lo que se ha escrito respecto a la formación de psicoanalistas. Desde este último punto de vista, se habla de:

- Análisis *silvestre*, designando con ello la actividad del terapeuta que inspirándose en el psicoanálisis, se autoriza a sí mismo sin haber recibido previamente una formación “adecuada” en el seno de un instituto psicoanalítico.
- Análisis *didáctico*: análisis personal hecho por un candidato con un analista didáctico.
- Análisis *de control*, hecho por el candidato analista pero bajo control o supervisión de un psicoanalista más experimentado.
- Análisis *profano*, practicado por un psicoanalista formado pero sin tener el título de médico.

Un curso conducido según los principios o el espíritu de la pedagogía socioanalítica ¿habilita a los participantes a ejercer como socioanalistas? ¿Basta haber frecuentado un seminario de análisis institucional para devenir socioanalista? Es más verosímil decir que de una manera general, y salvo algunos ensayos puntuales, la formación de socioanalistas no pasa por la enseñanza universitaria de los institucionalistas. Pero ¿cómo se forman los socioanalistas? ¿Por cooptación? ¿Todo depende de las afinidades electivas y de la buena voluntad de los socioanalistas más experimentados? ¿Cuántos socioanalistas ejercen este oficio? El hecho de haber sido miembro del grupo-cliente o del staff-cliente en una intervención socioanalítica ¿basta para habilitar a alguien como socioanalista? ¿Cuántos cursos de introducción o iniciación son necesarios?

¿Por qué regresar en 1999 a la cuestión archi-debatida de la formación en análisis institucional en un número de *Cuadernos de la Implicación* consagrado a la intervención? Es como pasearse tranquilamente sobre un terreno en ruinas y atestado de minas. Por ejemplo podríamos preguntarnos sobre lo que advino de todas aquellas personas que frecuentaron los cursos, seminarios o cursillos (*stages*) sin hablar de las intervenciones y consultas socioanalíticas animadas por los socioanalistas de la primera y la segunda generación, durante el periodo comprendido en los diez años que separan a la primera de la segunda cita puestas como epígrafe del presente trabajo. ¿Son socioanalistas o sólo institucionalistas? Es como si todo socioanalista fuera por definición institucionalista, pero no a la inversa. ¿Por qué solamente algunos estudiantes que han participado en el seminario de AI devienen socioanalistas y ejercen ese oficio? Se trata de una cuestión de autorización: ¿es posible autorizarse de manera voluntarista?

Propongo cambiar de perspectiva. En lugar de preguntarse si se puede y se debe enseñar el análisis institucional y cuáles serían las vías menos cuestionables desde el punto de vista de su proyecto político y científico, hay que interrogarse sobre las consecuencias y, sobre todo, los efectos de sentido y de fuerza de esta enseñanza. En términos de Patrice Ville podríamos preguntarnos cómo y cuándo un actor social deviene analista social. ¿Debe el autodidactismo ser la regla en la formación de “agentes instituyentes”?

Durante mi última estancia en Francia, pude percatarme de que la problemática de la formación en socioanálisis permanecía todavía viva. El socioanálisis es más que un método de intervención; es también “la retórica del análisis institucional” (J. Ardoino; R. Lourau, 1994), un rito, un mito o más bien una *construcción ficticia operatoria* (R. Hess, 1981) un espectáculo. Pero lo que apareció más claramente es estar ante un callejón sin salida en cuanto a la socialización del saber-hacer socioanalítico; el cual sigue siendo una suerte de saber-poder de una élite que se reproduce por vías que habría que buscar a elucidar y a evaluar. Por ejemplo, observando lo que sucede en el seminario de DEA se podría pensar equivocadamente que no existe ninguna formación clínica en la práctica de intervención institucional. De hecho existe una especie de formación paralela, no generalizada al conjunto de los estudiantes-investigadores. Es una formación que transita por vías informales, no institucionales pero sin embargo institucionalizadas.

EL SOCIOANÁLISIS EN EL AI, EL AI EN EL SOCIOANÁLISIS
(Comentario de René Lourau al artículo de Marcelo Carrillo)

La crítica efectuada por Marcelo Carrillo en cuanto a las insuficiencias de la formación en socioanálisis en la Universidad de París VIII, incluso si como él mismo lo señala no es nueva, es tanto más útil por cuanto su recurrencia ilustra el poco efecto que a veces tienen nuestros "análisis internos".

La crítica, a pesar de las exageraciones, inexactitudes y la puesta entre paréntesis del "proyecto político y científico del AI", que corre el riesgo de descontextualizarla, está lejos de ser tan violenta como otras, como por ejemplo la que formuló hace dos años Jean-Marie Brohm en el número especial de una revista coordinada por Jacques Ardoino y por mí.¹ Brohm denunciaba "las debilidades, carencias y derivas del AI, las mismas que siempre ha creído denunciar en el exterior (...), pero también las mismas que no ha cesado de generar 'como el hígado secreta la bilis': sectarismo, clanismo, sed desenfrenada de poder, luchas de jefaturas, maniobras secesionistas, dogmatismo, cultos de personalidades y odios de 'pequeños satanes'".

El socioanálisis y el resto

Respecto a las carencias de la formación en socioanálisis, las ya viejas reivindicaciones de M. Carrillo, Elisabeth Marx y de tantos otros han sido parcialmente escuchadas, casi siempre, es verdad, en una suerte de informal institucionalizado, puesto que desde hace algunos años es mucho más frecuente ver una minoría, e incluso una mayoría de estudiantes-investigadores en los equipos de intervención exterior; no solamente durante la intervención de Toulouse de la que formó parte Carrillo, sino en el mismo periodo durante la intervención en un liceo parisino o en una asociación que administra varios establecimientos de cuidado a niños en dificultad en un departamento del centro de Francia. Lo informal institucionalizado, para retomar de nuevo la fórmula final del texto de nuestro colega mexicano, fue fuertemente cuestionado, en el seminario DEA-doctorado, en el

¹ Analyse institutionnelle et formation. L'AI hors les murs, n. 34, diciembre 1997, *Pratiques/analyses de formation*, Paris VIII

transcurso del año universitario 1998-99, por estudiantes-investigadores, miembros del laboratorio de análisis institucional, aparte de M. Carrillo. Esas críticas internas emanaban de personas que no manifiestan un deseo de profesionalización en el socioanálisis. Para estas personas, el AI sigue siendo una referencia teórica y política importante en su práctica. Esto prueba que si el socioanálisis no está bien integrado en la formación en AI este último no está forzosamente bien en el socioanálisis, que para algunos, desde los orígenes del seminario, es el elemento menos original, el menos típico de nuestro proyecto.

Como Carrillo lo presiente, no se puede reducir la corriente de análisis institucional a la actividad de consultor o interviniente externo. Sin pretender proponer un palmarés, veinticinco años de dirección de investigación me permiten eventualmente señalar que los trabajos de doctorado más originales, incluso los que provienen de socioanalistas o futuros socioanalistas no tratan del socioanálisis. Si podemos invocar ciertas brillantes excepciones, como las tesis de doctorado de Patrice Ville o de Danielle Guillier, las investigaciones más logradas, quiero decir, aquellas que implican de una u otra manera el socioanálisis de la institución de la tesis, no se refieren al método socioanalítico. Para atenernos a los años ochenta, citemos por ejemplo la tesis de Peter Halbheer (suizo), quien inventa un enfoque socioanalítico muy empático con la observación-participante en IBM, Francia;² la de Gabriela Sánchez (mexicana), quien ofrece un estudio implicado y muy arriesgado para ella de las implicaciones "G" de las organizaciones no gubernamentales (ONG); la de Alfredo Martín (argentino citado por Carrillo), que conduce una indagación a la vez política y libidinal sobre el extraordinario movimiento social de las Madres de la Plaza de Mayo en Buenos Aires;³ o también, la de Josep Bofill (español) quien, en la creatividad total, produce en *El teatro de mi tesis* un paroxismo surrealista del análisis de las implicaciones del investigador en la situación de investigación.

Mi querido Marcelo, ya lo ves, uno se puede autorizar transgredir bastantes fronteras científicas y políticas sin haber recibido para ello una bue-

² Peter Halbheer, *I.B.M. Mythe et réalité. la vie quotidienne chez I.B.M. France*, Lausanne, J.M. Favre, 1987.

³ Alfredo Martín, *Les Meres "folles" de la Place de Mai*, Paris, Renaudot, 1989.

na formación de interviniente. IBM, las ONG, un movimiento social femenino revolucionario y para acabar la institución de la tesis: cuantos buenos “objetos” de investigación, fuera de la práctica de intervención, ella misma también un bello objeto, desafortunadamente poco atractivo. La “profecía” del AI nunca fue y todavía no lo es en el momento en que te leo y escribo, la formación de consultores, incluso si una parte reducida de nuestra clientela estudiantil exige con todo derecho que demos también esa formación. La mayoría tienen otras preocupaciones, vinculadas a la supervivencia en las prácticas asalariadas o contractuales, a menudo precarias, que dejan poco tiempo y disponibilidad para una “construcción ficticia operatoria”. Si el AI tiene cierta consistencia es menos por “la intervención” que por un campo muy diversificado, como lo indica la inscripción sociopolítica de nuestra corriente hasta sus avatares actuales.

Trazabilidad del AI

Al hacer visibles y concretas las ideas, las esperanzas y las estrategias que se creían o querían encerradas en el moho de ciertos libros marxistas o anarquistas, o en la poesía surrealista o incluso en los grandes sueños de Rousseau y de los socialistas llamados utópicos del siglo diecinueve, el movimiento social de mayo 68 orientó al análisis institucional en una dirección que, sin ese acontecimiento analizador de las instituciones, habría podido integrarse pasiblemente en las corrientes modernistas que ya influenciaban a la intelligentsia y el poder político.

Ahora bien, el proyecto inicial, poco a poco explícito, del AI, es transformar la institución a partir de sus localizaciones en los establecimientos en donde uno mismo está implicado, es decir empleado, en general asalariado, salvo en lo que atañe a ciertas categorías sociales como los alumnos y los estudiantes y también los enfermos mentales internados. Ya no se trata solamente de modernizar la institución, sino de *resocializarla* al máximo, lo que viene a ser equivalente tanto para la derecha como para la izquierda modernistas, a una conmoción insoportable de lo instituido. En diferentes épocas, es esta estrategia conscientemente microsocia, minoritaria, localista, la que manifiestan primero la psicoterapia institucional y más tarde la pedagogía institucional.

Desde luego, no toda intervención exterior queda excluida para la psicoterapia institucional: en la formación de los enfermeros, ante los padres de los internos y antes que nada en la institución psiquiátrica misma, de la que cada establecimiento de tratamientos psiquiátricos no es más que una materialización entre otras. Pero estas intervenciones no son más que la prolongación natural del trabajo de transformación de las relaciones sociales al interior del establecimiento. Esta perspectiva es juzgada insuficiente por Franco Basaglia y la corriente italiana de *psiquiatría democrática*. Según Basaglia, el personal tratante debe tener una estrategia más claramente dirigida hacia el exterior con el fin de evitar el riesgo de *mejorismo*, es decir de reformas necesarias pero que no ponen en cuestión el principio del encierro. Ello supone: *a)* el rechazo al mandato social del psiquiatra; *b)* intervenciones en los planos regional (específico de Italia) y nacional en vista de la supresión de los establecimientos psiquiátricos.

La estrategia a la italiana, lejos de ser asimilable a una intervención externa, sitúa a esta última en relación con el requisito de la intervención interna. Sin el rechazo al mandato social de encargado del encierro, no se ve bien cómo se podría militar por la supresión del encierro. En una vía paralela, en Francia, la política de *sectorización*, sin por lo tanto destruir la institución psiquiátrica, produjo ciertos resultados haciendo de tal suerte que el hospital no sea la única materialización de la institución. La sociedad, el trabajo, el hábitat deben volverse "terapéuticos".⁴

Por su parte, la pedagogía institucional, sobre todo con la tendencia iniciada por Lapassade, está resueltamente orientada a la transformación interna, en los lugares de la práctica en los que somos empleados —y estamos— implicados. En este sentido la referencia a la psicoterapia institucional ha sido fundadora. La peregrinación al hospital psiquiátrico de Saint Alban (Lozere) era de rigor como lo fue para los primeros psicólogos franceses la peregrinación a Bethel (Maine, USA). Nuestra investigación de base, en nuestras actividades pedagógicas y con maestros disidentes del movimiento Freinet, particularmente con Raimond Fonvieille, no excluía sin embargo otro trabajo, con los psicólogos que proponían, sobre el modelo lewiniano, otros modos de formación —y accesoriamente de intervención— basados en la toma en consideración de los *grupos pequeños* como soportes de aprendizaje.

⁴ René Lourau, *La psychiatrie, ça se soigne* (inédito).

El interés mayor por la pedagogía está ligado, desde el principio de nuestro propio movimiento, con la experimentación del socioanálisis: a tal punto que uno de nosotros, Yves Etienne, pudo sustentar una tesis de doctorado sobre el tema (evocado por Carrillo) de la *pedagogía socioanalítica* (se podría añadir esta tesis al boceto de palmarés esbozado arriba). Los intercambios regulares del Grupo de Pedagogía Institucional (GPI) con asociaciones de psicólogos —ARIP, con Pages, Paretti, Palmade, Rouchy, Levy, Enriquez, Jean-Claude y Janine Filloux, etcétera. ANDSHA, con Ardoine; Centro de Socioanálisis de Van Bokstale (en donde tomé algunos cursillos)— contribuyeron ampliamente a nuestra formación y también a la puesta a punto del modelo socioanalítico. En efecto, el dispositivo socioanalítico es un producto del encuentro entre el modelo de *training-group* de Lewin y el modelo más directamente político del análisis institucional, tomando en cuenta el análisis de la institución que la psicología de los grupos pone fuera de campo. Para el que no está impregnado de surrealismo, este encuentro no obstante muy real, puede parecer tan improbable como aquel descrito por el uruguayo Isidoro Ducasse, alias Loutremont, entre un paraguas y una máquina de cocer sobre una mesa de disección.

Una vez más, parece muy difícil y artificial querer aislar la formación en socioanálisis de la formación en análisis institucional en general. En el transcurso de su breve existencia, a fines de los años ochenta, la Sociedad de Análisis Institucional, manifestó este lazo íntimo, con una preferencia por las investigaciones generalistas. Uno de los debates, animado por Henri Lefebvre, trataba sobre la *mundialización* (globalización), mucho antes de que este tema fuera mediatizado como hoy. Hoy justamente (20 de septiembre de 1999), una reportera en la ex-Yugoslavia, escuchada en la radio nacional, me informa que la primera preocupación de los dirigentes serbios es reconstruir: *a)* los puentes destruidos por los bombardeos y *b)* las estaciones de televisión también destruidas en el transcurso de intervención de la OTAN. Puentes materiales o inmateriales como el viento: la ciencia mundialista (globalizada) es, como lo indica la atribución del papa al título de Soberano Pontífice en la religión romana, la ciencia de los puentes entre todos los individuos del planeta y no solamente de una organización que solicita un socioanálisis.

Por otro lado, hay que constatar que si, a principios de los años noventa, dos coloquios, uno en Italia, el otro en París VIII, le otorgaron un lugar honorable al socioanálisis, estos últimos años han visto, sobretudo en el marco del laboratorio, iniciativas de jornadas de estudio únicamente sobre la pedagogía: una sobre Celestin Freinet y Fernand Deligny, el otro sobre Janus Korczak y Paulo Freire. Aunque muchos miembros del laboratorio, viejos o nuevos, practican intervenciones, el interés principal de la mayoría reside, como lo indican sus trabajos recientes o esperados, fuera del socioanálisis. Lo mismo sucede "extramuros" de París VIII, con docentes-investigadores experimentados como Patrick Boumard (Rennes), Jea-François Marchat (Limoges), Jean-Marie Brohm y Jacques Guigou (Montpellier), Robert Marty y Patrick Bellegard (Perpignan), Marc Guiraud (Burdeos), etcétera. En el extranjero, particularmente en América Latina, el análisis institucional es más a menudo una referencia teórica y política de prácticas de formación, de terapia, etcétera, que un instrumento de intervención socioanalítica (confróntese el número especial de "L'AI hors le murs") al cual se aludió a propósito de J.M. Brohm).

Espero que estos elementos contribuirán a *volver a trazar* el itinerario de nuestra corriente de investigación. ¡Su toma en consideración puede ahorrar la sorpresa experimentada por Marcelo Carrillo, escuchando al presidente de la asociación tolesina de AI afirmar que de ninguna manera él era socioanalista!

RENÉ LOURAU

Profesor emérito de París VIII

Bibliografía

- Ardoino, Jacques; René Lourau, *Les pédagogies Institutionnelles*. puf, 1994.
 Hess, Rémi (1978), *Le temps des médiateurs*, 1981.
 Marx, Elisabeth, *Naissance d'une école d'intervention sociologique à l'université*, Perspectives de l'Analyse institutionnelle, Meridiens Klincksieck, 1988.